

¡Qué groserías! ¡Y de qué persona! Casi tiraron a Augustus Taylor de su silla.

Habrían sido lo suficientemente sorprendentes en la santidad de su oficina, incluso si hubiera habido alguien cerca de quien esperarías ese lenguaje: un mecánico, por ejemplo, en lugar de la pálida y recatada señorita Plummer sentada junto a su escritorio. No le había estado prestando mucha atención. La había estado mirando fijamente, pero abstraído, sin pensar en ella en absoluto. Había estado pensando en el curioso dolor de cabeza que había comenzado hace un momento. Una cosa extraña, tan repentina como si un pequeño interruptor se hubiera roto en el medio de su cráneo. Un chasquido. Entonces el dolor. En el fondo de su cabeza. Nada de qué preocuparse; nada por lo que dejar de trabajar; nada serio; pero era el dolor más peculiar que jamás había experimentado: y luego las palabras, increíblemente, de la señorita Plummer, esperando tomar el dictado.

—¡Viejo gordo y tonto!

La mirada de Augustus Taylor se enfocó con incredulidad en su rostro en lugar de limitarse a su dirección general; en esa larga cara de caballo que mostraba tanta atracción e imprudencia como un himnario de 1890.

—¡Señorita Plummer! —jadeó—. ¿Qué fue lo que dijo?

—No he dicho nada, señor.

Ella estaba boquiabierta, incluso sus dientes parecían primitivos y reservados, solo asomando por los bordes de los labios pálidos.

—Repito: ¿cómo me ha llamado?

—No lo llamé de ningún modo, señor Taylor. No dije nada.

Y entonces Augustus Taylor se dio cuenta de que ella no había dicho nada. La había estado observando, aunque sin prestar atención, y podía recordar que sus labios no se habían movido. Sin embargo, había escuchado claramente esas palabras: viejo gordo y tonto.

—¿Está segura?

—Por supuesto que estoy segura, señor Taylor.

Ella lo miró con sus ojos claros. Increíblemente, incluso sus ojos parecían huesudos, cubiertos de virtud blindada. Taylor se aclaró la garganta.

—Yo... —comenzó.

—Eres un viejo gordo y tonto, ya sabes.

¡Allí! Lo había escuchado de nuevo. Y de la señorita Plummer. Tenía que ser de ella. No había nadie más en la pequeña oficina privada.

—¡Señorita Plummer!

La señorita Plummer se puso de pie. Había cierta molestia incrustada en sus rasgos alargados.

—¿Qué sucede, señor Taylor? ¿No se siente bien? ¿Debo conseguirle una aspirina o algo así?

Taylor se tocó la frente con el pañuelo, porque se estaba dando cuenta de nuevo de que los labios de la señorita Plummer no se habían movido cuando había pensado escuchar esa afrenta reiterada contra su dignidad. ¡Maldita sea esa mujer! ¿Era ella un ventrílocuo o algo así?

—No. Me siento bien —murmuró—. Pero no lo dictaré por un tiempo. Se puede ir. La llamaré cuando la necesite.

Ella salió de la oficina, perpleja y un poco asustada, lo que no era antinatural. El propio Taylor sintió exactamente cómo se veía, con miedo a la perplejidad. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Se estaba volviendo loco? Pero había escuchado claramente esas palabras. Y no había habido nadie más para decirlas.

Fue a la ventana y miró hacia afuera. Eran tres pisos por el lado recto de su fábrica de ladrillos hasta el camino de cemento. Nadie podría haber estado allí para susurrar las palabras. Fue a la puerta de su pequeño baño y la abrió. Vacío. Sin embargo, lo había escuchado. Volvió a su escritorio y se sentó, mirando sin ver una pila de registros de la tienda sobre la conducta del negocio de engranajes de metal gris y ruedas de polea. El extraño dolor todavía estaba con él, en el centro de su cráneo. No muy notable; sin distraerlo lo suficiente de lo imposible que acababa de ocurrir.

Se abrió la puerta y entró su socio, Alex Healy. Healy era tan delgado y adusto como Augustus era regordete. Alex manejaba las finanzas y la producción. Augustus se encargaba de las ventas y el contacto.

—Buenos días, Augustus — dijo Healy—. ¿Por qué no mueres y dejas que alguien que sabe dirija este negocio?

—¿Qué? —dijo Taylor.

Alex se detuvo a medio camino de la puerta del escritorio.

—Dije buenos días —dijo, con los labios entreabiertos y cierta perplejidad en la mirada—. ¿Qué hay en eso para hacerte saltar?

Taylor se dejó caer en su silla con algo parecido al pánico en su corazón. Buenos días; eso fue todo lo que su socio había dicho. Su mente le dijo eso. La boca de Alex se había movido con esas dos palabras, y eso fue todo. Pero el resto de las palabras, sobre morir y dejar que alguien que sepa maneje el negocio... bueno, también las había escuchado.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó, con una voz que no era la suya.

—Solo quería recordarte la reunión con Proctor este mediodía —dijo Healy—. Almuerzo, ya sabes.

Taylor asintió con la cabeza. Se había quedado despierto la noche anterior pensando en esa cita. Proctor quería que Taylor-Healy Gray-Metal Company trabajara exclusivamente en piezas para Proctor Motor Corporation. No más gastos de venta. Contacto con un solo cliente gigante. Máquinas configuradas para hacer solo los engranajes de tipo Proctor. Era una jugada peligrosa. Las empresas con un solo cliente podían verse afectadas si este se volvía demasiado exigente.

—Estaré allí puntualmente —le dijo a Healy.

Hablaron sobre Proctor durante unos minutos, con Healy, sobre aceptar la oportunidad, aunque Taylor vacilaba. Entonces Healy salió de la oficina. Augustus también dejó su despacho privado.

Pensó que iría a la tienda por unos minutos. Alex manejaba la producción, pero a Augustus le gustaba hurgar en las líneas y ver de cerca la producción también. Le gustaban las máquinas y los muchachos duros que allí trabajaban. A los hombres también les gustaba, pensó.

Primero se dirigió al refrigerador de la oficina general y tomó una aspirina con un trago de agua. ¡Ese pequeño dolor de cabeza! ¿Será mejor que vaya al médico al respecto? Decidió que no. Realmente no era lo suficientemente malo. Era solo la rareza de la cosa. Parecía estar justo sobre el paladar, haciéndolo sentir un poco como cuando comes helado demasiado rápido.

Se dirigió hacia el empleado de registros, cuyo escritorio estaba más cerca de la puerta. Un buen chico, Benny Algo. Un buen trabajador. Se inclinaba cuidadosamente sobre las tarjetas amarillas en su escritorio. Augustus lo miró fijamente, ¡y por un momento no vio a Benny en absoluto! En cambio, tan claramente como si lo viera en una pantalla de cine tridimensional, vio dos figuras: Benny y una niña.

La niña tenía el pelo rojizo, era joven y completamente encantadora. En ese momento se sentó en el regazo de Benny y se aferró a él. Lo miraba con amor, y él le devolvía la mirada amorosamente. Era una imagen que podría haber sido apropiada en la orilla de un lago iluminado por la luna, pero aquí, en una oficina...

Taylor lanzó una especie de graznido y se agarró a la pared en busca de apoyo.

—¡Detente! —bramó.

La imagen se disolvió rápidamente y vio a Benny, solo y perfectamente decoroso, mirándolo alarmado desde su escritorio.

—¿Detener qué? —dijo Benny con la boca abierta de asombro.

—¿Por qué? —dijo Taylor.

Se detuvo ahí. No pudo encontrar nada más que decir. Benny se levantó y corrió hacia él. Puso su mano debajo del brazo de Taylor.

—¡Señor Taylor! ¿Pasa algo? ¿Se siente bien? ¿Puedo conseguirle algo?

Augustus miró por encima del hombro de Benny. Dos escritorios detrás, mirándolo ansiosamente como todos los demás en la oficina ahora lo miraban, había una chica con el pelo rojizo. Era la chica que Taylor había visto con Benny; bonita, y además bastante decente en postura.

—Estoy bien —dijo Taylor—. No te preocupes.

Benny se quedó un momento más con la mano debajo del brazo de Taylor.

—Está bien —dijo, y volvió a su escritorio.

Augustus reanudó su camino hacia la puerta de la tienda, y la actividad de la oficina volvió a su ritmo normal.

—¡Buen Señor! —Augustus murmuró para sí mismo.

Una idea de lo que se trataba todo esto había comenzado a gestarse en su mente. Tal vez debería haberlo hecho antes, pero no lo hizo. Un hombre práctico no pierde el tiempo pensando en cosas imposibles.

—¡Buen Señor!

Estaba leyendo las mentes de las personas. Esa fue la explicación de lo que acababa de ver en el escritorio de Benny, y de las palabras de Alex y la señorita Plummer. Le habían llegado pensamientos, no escenas o palabras. Cómo se le había dado la habilidad, no lo sabía. Pero ahí estaba, a menos que se hubiera vuelto loco de repente y se estuviera imaginando estas cosas.

Se dirigió a la tienda, un hombre desconcertado y bastante asustado, y comenzó a descender por la doble hilera de máquinas de estampado instaladas en el tercer piso. El capataz se acercó a él, un hombre fornido con manos cuadradas y una cara sonriente. Se encontraron al lado de una máquina que estaba estampando engranajes de placa tan rápido como tres octavos de chapa de acero.

—Hola, señor Taylor —El capataz era un alma genial—. ¿Para qué vienes a meter esa nariz gorda en un negocio del que no sabes nada?

Augustus se mordió el labio inferior. La última oración no se había dicho; la boca del capataz no se había movido.

—Hola —dijo con rigidez—. ¿Cómo va la orden de Temple Wheel?

—Bien, señor Taylor. Bien.

El hombre le sonrió, y Taylor repentinamente vio a un caballero regordete y de rostro rosado debajo de la máquina de estampar adyacente. El caballero regordete era él mismo, y el titular era el capataz sonriente. Solo una pequeña imagen agradable que duró tal vez medio segundo y luego se disolvió.

Augustus, con los hombros caídos, se volvió, regresó a su oficina, tomó su abrigo y sombrero, y salió del edificio. Se subió a su automóvil y condujo hacia el centro. Allí entró en un bar, la primera vez que había visto uno antes de las dos de la tarde. Pidió un whiskey. El trago alivió ese extraño dolor de cabeza que había surgido tan repentinamente. Bebió dos más, y luego salió y se paró en una concurrida esquina del centro.

Una hermosa sensación de bienestar lo poseyó de repente. No se había sentido así desde su luna de miel, hace veintidós años. Se volvió, sonriendo, y miró a la cara de una mujer que se acercaba a la esquina. Tenía unos cincuenta años, vestía de negro, incluidos guantes negros particularmente horribles, y caminaba con una leve cojera.

Llevaba gafas, y miró a través de ellas la sonrisa lánguida de Taylor. Incluso mientras miraba, la sensación soñadora pero normal de bienestar de Taylor se convirtió en algo exótico en extremo.

—¡Cómo te atreves a mirarme así! —la mujer cruzó los labios helados y continuó.

Taylor respiró hondo y se entregó a las corrientes de pensamiento de los transeúntes, la mayoría de los cuales lo ignoraron. La mecánica de esta cosa comenzó a resolverse en algún tipo de claridad.

Parecía que leía las mentes de las personas de diferentes maneras. A veces obtenía pensamientos como palabras, a veces como imágenes, a veces simplemente como una sensación pura y medio definida. Así pensaban todos: en palabras; si se trataba de algo que no se podía ver en el ojo de la mente, en imágenes; y si consistía en una acción que pudiera imaginarse físicamente; en sensación abstracta, sobre todo si la idea no podía ser representada ni expresada verbalmente.

El ejercicio se volvió fascinante, ya que Taylor aún estaba un poco asustado por su nueva habilidad. Descubrió que una de las fases más interesantes fue la pura obscenidad que emanaba de las mentes de las personas más condenadamente apropiadas. Él mismo había pensado en algunas cosas, admitió, pero nada como las imágenes y las sensaciones que recibió de algunos de los hombres y mujeres de negocios que lo pasaron entre la multitud.

Se quedó allí hasta casi la una. El efecto de los tragos parecía haberse desvanecido, justo cuando se dio cuenta de que sería mejor ir a ese almuerzo con Proctor y Alex.

Era un club conservador. Proctor, un anciano de aspecto amable, respetado como decano del negocio del automóvil, conversó con Healy y Taylor hasta que terminaron de comer y beber. Luego abordó su propuesta de comprar su producción.

—Te deja a salvo a pesar del hecho de que estás poniendo todos los huevos de Taylor-Healy en una canasta —concluyó Proctor benignamente—. Porque me propongo firmar un contrato que me obliga indefinidamente a comprarle todos sus engranajes, a un precio de bajo costo. Para mi propia protección, me gustaría agregar una cláusula en el sentido de que se me libere temporalmente de ese contrato en caso de emergencia. Si su producción se estanca, o por alguna otra razón no pudo entregar los productos, tendría que obtener material de otra persona, por supuesto —Sus amables ojos brillaron—. Y nos aseguraremos, por Dios, de que tu producción se empantane. Luego irás a la bancarrota y Healy y yo nos haremos cargo, con Healy justo debajo de mi puño.

Taylor giró su copa de vino con el pulgar y el índice manipulando el tallo.

—La cláusula no tiene sentido, por supuesto —dijo Proctor. Esta vez sus labios se movían—. Solo un tecnicismo. Lo principal es que estaría seguro de un suministro constante, y usted de un mercado estable...

—No —dijo Augustus, mirando el cristal.

—¿Eh? —Proctor parpadeó.

—Dejaremos de lado tu propuesta, agradable y sucio ladrón.

—Joven —dijo Proctor, poniéndose de pie temblando.

—¡Augustus! —dijo Healy—. ¿Estás loco? —giró hacia Proctor—. No sé qué le pasa. No le preste atención. Lo pensaremos un poco más...

—No, no lo haremos —dijo Taylor—. Soy dueño de una participación mayoritaria y digo que no lo haremos. Les guste o no, a los dos. Creo que iré a casa por el resto del día, Alex, no me siento bien.

Lo cual era una forma delicada de decirlo. ¿No se sentía bien? Se sentía como el príncipe de los parias deslizándose por las calles del infierno. Su secretaria lo detestaba, su compañero quería matarlo, a su capataz favorito le gustaría arrojarlo a la prensa, su fuerza de oficina se dedicaba a la seducción mental, y ahora uno de los hombres más venerados en los negocios acababa de intentar estafarlo. ¡Decididamente no se sentía bien!

No fue hasta que llegó a su propio umbral que algo bastante obvio lo golpeó. Ninguna persona con la que había entrado en contacto desde que había obtenido esta loca habilidad para leer las mentes había tenido un pensamiento amable para él, con la posible excepción de la matrona con el rostro helado en los guantes negros. Ahora estaba entrando en su propia casa para saludar a su esposa. ¿Cómo serían sus pensamientos?

Era mediados de mayo y había sol, pero la brisa fragante enfrió la frente de Taylor. Él y Louise habían vivido juntos durante veintidós años en una alegría que todos los que los conocían comentaban. Tenían sus peleas de vez en cuando, pero realmente se adoraban. Augustus sabía que, por su parte, le tenía mucho cariño a Louise, y siempre había estado seguro de que ella se lo retribuía. Pero, bueno, Alex también había actuado siempre como un socio perfecto, así como la señorita Plummer le había parecido cordial, el capataz, todos...

Taylor se limpió la frente. ¿Qué pensaba realmente Louise, bajo su suave placidez? No quería saber, y en aproximadamente un minuto lo haría, a menos que se diera la vuelta y se fuera de nuevo.

Sin embargo, ese fue un estúpido anhelo. Tenía que enfrentar a su esposa alguna vez. Abrió la puerta con su llave y entró. Oyó la voz de su esposa en el pequeño salón lateral. Ella estaba hablando con alguien por teléfono.

Tenía ganas de gritarle: Louise, soy yo. Acércate, pero no pienses. Háblame pero no pienses. ¡No pienses!

Sentía ganas de dar media vuelta y correr. De hecho, comenzó a salir por la puerta otra vez, pero con una maldición se volvió hacia atrás; tan determinado, de hecho, que la alfombra del pasillo se resbaló bajo sus pies y cayó, golpeándose la cabeza contra la pared; no mucho, porque había levantado la mano para protegerse, pero lo suficientemente fuerte.

Louise apareció en la puerta del salón.

—¡Augustus! —dijo ella—. ¿Cuándo entraste?

—Justo ahora —dijo Taylor.

—¿Quieres decir, justo ahora? ¿No viniste hace un minuto?

—Vine en este mismo minuto —dijo Augustus, frotándose la cabeza.

Él no la estaba mirando. Tal vez si él no la mirara no podría leer su mente.

Louise se le acercó, entonces, arrullando de simpatía.

—¡Pobre! Déjame ayudarte. Dame el abrigo y el sombrero. Siéntate aquí. Terminaré mi conversación telefónica y te prepararé un trago para celebrar tu tarde libre y curarte la cabeza. Estaba hablando con Ada Bronston cuando entraste. ¿La conociste? Muy agradable, pero a veces es sumamente aburrida.

Mientras hablaba desde la biblioteca ella se retiró hacia la sala de estar. Augustus la escuchó en el teléfono otra vez.

—Querida, hay que cancelar lo de esta tarde. No vengas. Mi esposo volvió temprano de la oficina, así que estaré con él. Sí. Lo siento, Ada.

Augustus se frotó la cabeza. Tenía un pequeño bulto, pero eso era todo. Estaba frotando mecánicamente, sin pensar en la protuberancia, sino en el extraño dolor de cabeza. Se había ido. Ya no podía sentirlo en absoluto.

Louise vino de la cocina con una coctelera mezclada en un tiempo increíblemente

corto, considerando que era el día libre de los sirvientes y ella misma debió haberlos mezclado. Pero Augustus no prestó mucha atención al elemento del tiempo. Estaba ocupado con el hecho de que su curioso dolor de cabeza había desaparecido, y con el hecho de que todo lo que obtuvo de Louise fue lo que ella dijo. Ya no parecía capaz de leer mentes.

Perversamente, ahora, lo lamentaba. Pero decidió que, en general, estaba contento.